

Apéndice 3

KOINÉ, el idioma del Nuevo Testamento

Durante muchos años, la posición aislada del griego, tal como lo vemos en la Septuaginta (versión griega de los Setenta) y en el Nuevo Testamento fue un problema mayor que dividía a los estudiosos de la gramática de esta literatura. Un hecho conocido era que las Escrituras griegas estaban escritas en KOINÉ, el griego común que sustituyó a los dialectos del período clásico; pero esta lengua era, obviamente, distinta al griego literario de esa misma época. De allí que se requieren explicaciones que esclarezcan y justifiquen las peculiaridades del llamado griego bíblico. La sintaxis de la Septuaginta fue la misma empleada en el hebreo original. Hasta cierto punto, el Nuevo Testamento sigue el mismo proceder en aquellas pocas partes donde la traducción se hizo partiendo del original en arameo. Aunque este no fuere el caso, se aclaraba que los escritores que utilizaban el griego eran extranjeros, con pensamientos arameos subyacentes a la expresión griega; además, su familiaridad con la Septuaginta motivó que pasara en gran parte su idiosincrasia a su propio estilo. Por tanto, se sostuvo que el griego bíblico, la lengua del Espíritu Santo, nunca fue profanada por el uso común; caso típico que los doctos afirmaban que esta lengua estaba reservada únicamente para las Escrituras. El alemán Roth escribió:

“Podemos hablar, apropiadamente, de un idioma del Espíritu

CÓMO ENTENDER LA BIBLIA

Santo; porque es evidente que el Espíritu Santo ha tomado parte en las palabras de la Biblia, moldeando para sí un modo de expresión distintivamente religioso del idioma del país escogido como esfera propia, y ha transformado los elementos lingüísticos que encontró a la mano, incluyendo conceptos ya establecidos, y moldeando el tono a una forma completamente propia.”

No obstante su lenguaje florido, muchos eruditos comenzaron a sospechar que esta descripción no era tan exacta que digamos, para explicar el griego del Nuevo Testamento. En el año 1864, James Donaldson escribió:

“Ahora nos parece que el lenguaje usado en la Septuaginta, el mismo empleado por los que escribieron el Nuevo Testamento, fue el idioma usado en la conversación común y corriente. De ser afirmativo esto, entonces, la Septuaginta es la primera traducción escrita para la gran masa popular, en su propio lenguaje, y que los escritores del Nuevo Testamento fueron los primeros en tratar de llegar a la gente mediante un lenguaje común del pueblo, inteligible para los que hablaban griego.”

La profecía del profesor Lightfoot en el año 1863 es aún de mucha importancia. En una ocasión, cuando hablaba a sus estudiantes de Cambridge, acerca de alguna palabra, para la cual contaba solamente con Herodoto, como fuente de autoridad clásica, dijo:

“No deben suponer que esta palabra haya caído en desuso en este intervalo; era solamente que no se había usado en los libros que tenemos de esa época. Probablemente había formado parte del lenguaje común durante todo ese tiempo. Creo que si descubriéramos cartas que la gente común y corriente escribía, podemos decir que, sin pretender hacer obras literarias de ellas, nos serían de gran valor para una mejor comprensión del lenguaje del Nuevo Testamento.”

Sin embargo, para la explicación del verdadero carácter del griego del Nuevo Testamento tenemos que agradecer, primeramente, al erudito alemán, Adolf Deissman. Siendo

pastor en Mandurg, Deissman entró un día a la biblioteca universitaria de Heidelberg para examinar una nueva sección de un volumen de transcripciones de una colección de papiros griegos, cuyos originales estaban en Berlín. Al sumirse en su lectura, se dio cuenta de la similitud del lenguaje de estos papiros con el Nuevo Testamento en griego. Al continuar con su profundo estudio, quedó grabada en su mente la extensión de esta semejanza, hasta darse cuenta que tenía en ello la clave para ese problema. Así fue como se llegó a saber que el griego del Nuevo Testamento no era un idioma aparte, ni un idioma de la literatura contemporánea, sino que era el griego vernáculo corriente de ese tiempo, era el idioma cotidiano, tal y como era hablado y escrito por la gente común y corriente de esa época.

Este griego común se llama "KOINÉ." La palabra es un adjetivo griego que significa "común", y califica a "DIALEKTOS," que quiere decir "dialecto," "idioma." Según Albert Thumb, el KOINÉ es el resultado del desarrollo del griego de uso común y comercial desde los tiempos de Alejandro Magno hasta los últimos años de la historia antigua. De aquí su nombre; no porque fuera la lengua de hombres comunes, sino porque se convirtió en el idioma de todo el mundo civilizado. No solamente reemplazó a los antiguos dialectos de Grecia, sino que se estableció como el idioma de naciones que no habían hablado griego anteriormente. Aunque el KOINÉ surgió de las necesidades del intercambio diario, no pudo arrollar con el griego literario o culto, la lengua de los grandes historiadores y poetas. El griego literario es tan diferente al KOINÉ que cuando éste fue encontrado en la Septuaginta y en el Nuevo Testamento, se llegó a considerar necesario darle un nombre distintivo, y por mucho tiempo se le llamó "el griego bíblico." Pero, como ya hemos establecido, no existe el tal griego bíblico. El griego de la Biblia es el KOINÉ.

Origen del idioma KOINÉ

¿Cómo surgió este idioma corriente? Antes de la época de esta lengua, no existía un idioma griego, propiamente dicho;

CÓMO ENTENDER LA BIBLIA

eran dialectos griegos, cada uno con sus propios límites y peculiaridades geográficas. Sobresalen tres dialectos, además de un cuarto muy parecido a uno de ellos y descendiente del mismo. El "eólico" fue hablado principalmente en la costa noroccidental de Asia Menor; en la isla de Lesbos, en Arcadia, Elis y Aquea, en el Peloponeso, en Phocia, Etolia, Arcania y Tesalia, en Grecia Central; en Crotón y otras colonias de la Magna Grecia o Grecia Metropolitana. El dialecto "dórico" fue hablado principalmente por los espartanos, y el más usado en algunas colonias dispersas. El dialecto "iónico" era el que se hablaba en la Decápolis de la zona occidental de Asia Menor y en casi todas las islas del mar Egeo, además de muchas colonias. El "ático," una forma modificada del "iónico," llegó a alcanzar la perfección artística más alta, al punto que se convirtió en el medio perfecto de la comunicación.

Estos dialectos retuvieron su aislamiento por varios siglos, y cada uno reinaba en su dominio; finalmente, empezaron a perder, en forma gradual, sus más pronunciadas características. Durante esta desintegración, cada dialecto contribuyó, de acuerdo con su capacidad y mérito, a la evolución de un lenguaje común. Por principio, el "ático" impuso su poder y fue conocido como el dialecto literario del mundo griego. Cuando vemos a la civilización ateniense en la cumbre, es fácil apreciar cómo su idioma ganó prominencia sobre los demás dialectos griegos. Fue, tal vez, la guerra greco-persa la que llevó a Atenas a su período más grandioso de su historia, lo que contribuyó, más que cualquier otro factor, a la absorción de los dialectos. De la guerra persa surgió el imperio ateniense y fue aquí, en el mundo ateniense, donde el KOINÉ tuvo su origen. La cercana presencia del poder persa indujo a que los ionianos y atenienses se unieran para hacerle frente. Estos dos pueblos eran los más avanzados entre los griegos; por tanto, podemos definir al KOINÉ como un desarrollo del "ático" con la influencia del "iónico."

A medida que el KOINÉ se difundía a otras tierras como Asia Menor y Egipto, tuvo que encontrarse forzosamente con otras lenguas. Aparte del latín, parece que no hubo influen-

cia apreciable de otras lenguas sobre el KOINÉ; exceptuando algunas variaciones en la pronunciación y el uso local de palabras extranjeras, los idiomas orientales afectaron levemente al KOINÉ. En contraste con lo oriental, la contribución latina queda a la vista en el KOINÉ; sin embargo, el influjo gramatical fue leve. Por ejemplo, un buen número de sufijos derivados del latín fueron introducidos en el griego, y comenzaron a ser usados como raíces griegas. En el Nuevo Testamento hay evidencias de la influencia de uno y otro.

Difusión del KOINÉ

Hay diversas causas que se combinaron para llevar al griego a la preminencia que adquirió como una de las grandes lenguas del mundo, usado como idioma común (Koiné) para beneficio mutuo, para que fuera inteligible para los pueblos de marcada diferencia de raza, costumbre y lengua. Sin duda, el mayor factor para la extensión de este nuevo idioma fue la propensión griega a la colonización. Alejandro sembró la semilla de la colonización griega por donde quiera que iba, y los colonizadores griegos seguían sus pasos muy de cerca. Además de las colonias establecidas por el gran general, o como resultado de sus conquistas, también había fundaciones griegas en las costas de Sicilia y el sur de Italia. Estas colonias esparcidas se convirtieron en lugares de reunión para los griegos de todas partes del mundo, y sirvieron como base para que tanto la cultura como el idioma griego se filtraran en otras regiones circundantes.

Se tiende a pasar por alto una de las principales razones para la difusión del KOINÉ: la, de por sí, grandiosidad y el valor del idioma griego. El establecimiento del idioma en el Oriente bien pudo ser el resultado de la política personal de Alejandro, pero el hecho que una mente como la de él mostrara tanta reverencia por el pensamiento y la vida griega, incluyendo su idioma, es suficiente para ilustrar su excelencia. "Sea cual fuera el ímpetu dado al establecimiento de la lengua griega por Alejandro, no pudo haber perturbado por tanto tiempo si no hubiese poseído la fuerza y la flexibilidad suficientes para hacerla aceptable y ser adoptada

por las varias razas entre las cuales se estableció.”

El KOINÉ y el cristianismo

Son inestimables las bendiciones conferidas al cristianismo por este idioma. Este lenguaje común fue lo que permitió, en gran parte, a lo que el apóstol Pablo llamó “el cumplimiento del tiempo” (Gálatas 4:4), y el cristianismo llegó efectivamente cuando se cumplió el tiempo. Lingüística, moral y políticamente, el mundo estaba preparado para una nueva revelación. El cristianismo necesitó un idioma en el que podían dar a conocer a los hombres las enseñanzas de su gran Fundador. El idioma del pueblo escogido (los judíos) no era adecuado por su incapacidad para mantener el paso que marcaba la expansión de la hermandad humana. El latín fue el idioma del poder; eficiente en lo militar y en lo legal, pero no para una raza altamente civilizada y de gran cultura. Por eso, los mismos romanos usaron el griego para conducir su administración en sus vastos dominios. Escribían los epitafios de sus sepulturas en griego. Los nombres de los siete diáconos elegidos en la constitución de la primera iglesia en Jerusalén fueron todos griegos. El autor de la epístola a los Hebreos se dirigió a sus lectores en griego, y Pablo escribió en griego su epístola a la comunidad cristiana en Roma. El historiador Flavio Josefo escribió en griego para sus patrocinadores romanos.

Es evidente que no fue cosa accidental que el griego haya sido escogido para llevar el Evangelio a todo el mundo greco-romano. Fue uno de los factores determinantes para la rápida difusión del cristianismo. Tanto es así que, si no hubiera sido por esta lengua común, sin duda, no se hubiera establecido la nueva religión en la mayor parte del imperio romano en solamente 30 y tantos años después de la resurrección de Jesucristo. Los primeros misioneros no tenían por qué asistir a una escuela de idiomas antes de ir a otro país a difundir la religión. Pablo, empleando únicamente el griego como medio de comunicación, pudo ir a todas partes y estar seguro que la gente le iba a entender. Los libros del Nuevo Testamento escritos en griego podían ser leídos por

los cristianos de todos los lugares del mundo antiguo.

La universalidad del KOINÉ no fue el único factor a su favor en ese sentido; también era de lo más apropiado, debido a la facilidad de expresión. En este idioma, uno podía decir la más clara verdad y del modo más natural y, al mismo tiempo, exponer los conceptos más profundos. Era el idioma que casi todos podían escribir y entender y, por ende, apropiado para aquella religión que tenía que ser, obligadamente, entendible para la mayoría de la gente.

Referencias: Citado en el Léxico bíblico-teológico del Nuevo Testamento ("Quoted in Hermann Cremer, Bible-Theological Lexicon of New Testament," Trans. William Urwick, Edinburg; T&T Clark, 1880, Page 4.)

(Citado en "Aquí y Allá Entre los Papiros") Quoted in George Milligan, "Here and There Among the Papyri", London: Hodder and Stoughton, 1922, page 60).

No está obligado a saber el idioma griego

Si alguno de mis alumnos del idioma griego ve este artículo, le sugiero que no lo siga leyendo; pues no quiero que vea mi culpabilidad en un convenio en el que yo mismo he enseñado por tantos años. Puedo decir que me han solicitado que escriba un artículo cuyo tema central sea, "El cristiano no está obligado a saber griego para entender el Nuevo Testamento."

Es de gran utilidad poseer un conocimiento intensivo del Nuevo Testamento en el idioma griego. Es probable que ninguna obra extensa puede ser traducida perfectamente a otro idioma; se puede traducir bien, algunas veces, unas cuantas líneas; mas la traducción perfecta no existe; pues hay matices sútiles, implicaciones, énfasis sobre palabras y sus sentidos y no faltan aspectos del original que se van a perder. Esto es aplicable también al Nuevo Testamento. Ejemplo de ello es que una misma palabra significa "viento" y "aliento" (espíritu). De la cita en Juan 3:8, tomada de cualquier traducción moderna, se tiene que escoger entre estas dos palabras "El viento (espíritu) sopla (respira) por donde quiera. . . así también son todos los que nacen del Espíritu."

Con frecuencia las implicaciones del griego podrían ser expresadas en un idioma moderno, pero los traductores son contrarios al trabajo arduo; prefieren, y con mucha razón, dejar esto a los comentaristas. Por ejemplo, en 1 Corintios el énfasis no recae, como lo sugiere la traducción moderna, en “somos compañeros de trabajo al servicio de Dios,” sino en el centralismo de Dios en esta relación. Ante Dios y con Dios es que tenemos esta relación de compañeros de trabajo. Por tanto, debiera decir así: “Dios es el dueño del terreno (ustedes) que Él está trabajando. Dios es el dueño del edificio (ustedes) que Él está construyendo.” De esta forma se centraliza la idea de Dios. Veamos de nuevo el pasaje “somos compañeros de trabajo al servicio de Dios, y también ustedes son como el terreno que Dios está trabajando” o “ustedes son como un edificio que Dios está construyendo.”

Lo dicho en 1 Juan 2:1 y 3:9 puede parecer una paradoja, hasta que vemos los tiempos gramaticales en el idioma griego, y notamos que el primer verso promete el perdón al cristiano que es vencido por la tentación y comete pecado; mientras que el segundo puntualiza que un cristiano no puede ser pecador habitual, “no puede seguir en el pecado.”

La persona que está realmente empeñada en conocer y comprender con todo detalle una obra debe conocerla en su idioma original; Shakespeare en inglés, Víctor Hugo en francés, Confucio en chino, Cicerón en latín, el Antiguo Testamento en hebreo. En otras palabras, es responsabilidad del profesional, del que es toda una autoridad en cierta materia, conocer el idioma original. El “lego,” el que no es erudito, también puede sacar provecho si sabe el original; siempre y cuando lo sepa bien, no queremos decir que le va a sacar todo el provecho como si fuera un profesional. Si la traducción es buena, puede estar seguro de que el mensaje básico, lo esencial, está correcto, aunque ésta no incluya los detalles.

En tiempos antiguos, la literatura en idioma extranjero era traducida a otras lenguas. Cuando el Antiguo Testamento en hebreo fue traducido al griego poco antes de la Era Cristiana, ocupó un lugar casi único en la literatura antigua.

En nuestros días, la traducción de un idioma a otro es cosa común. Naturalmente que en el proceso se pierden algunos aspectos; por ejemplo, un texto de ingeniería naval moderno contendrá mucho de su español original; en música muchas palabras quedarán en su italiano original, puesto que son expresiones intraducibles; sin embargo, lo de valor real y práctico es que todas estas traducciones modernas con toda su difusión pueden ser leídas y comprendidas cabalmente en todos sus puntos esenciales. Las obras son bien revisadas por otros lingüistas y correctores.

Como ya hemos explicado, esta comprensión se refiere al contenido y no a la forma o estilo. En la ópera italiana, muchos aficionados insisten en que este arte no debe ser traducido, sino que quede en su idioma original; y creemos que tienen razón. ¿Se imagina Ud. una gran ópera en un idioma brusco y gutural como el alemán? Lo que se desea recalcar es que en este caso, el sonido de las palabras, la combinación de las mismas con la música para darle mayor dulzura, es preferido en el idioma original por razones artísticas y estéticas.

Debemos mencionar dos falsedades (o malentendimientos) en cuanto a lo relacionado con la Biblia. La primera es que el griego es el idioma perfecto jamás creado, y que era, por tanto, el mejor de los idiomas para perpetuar el mensaje de Dios de la salvación. Esto no es cierto. El griego es más exacto que el hebreo del Antiguo Testamento y, en algunos aspectos, más exacto que el español y otras lenguas. Por otro lado hay incontables distinciones que no se encuentran en el griego; por ejemplo, las obvias y sencillas diferencias como las que existen entre "nosotros" que lo incluye a Ud. y el "nosotros" excluyéndolo a Ud. y la distinción de los pronombres, como "yo," "nosotros" y "ustedes o usted." Los escritos de Eugene A. Nida y otros lingüistas están repletos de estos ejemplos.

La otra falsedad es que la Biblia es el "más traducible de todos los libros." La Biblia es el libro más traducido pero no el más traducible. Ciertamente que es el libro que merece ser el más traducido; sin embargo, las historietas, los cuentos, la

información de la prensa, etc. son más traducibles que la Biblia. En la Biblia tenemos personajes y dichos orientales; y sus conceptos espirituales pueden ser desconocidos por completo en otro idioma y en otras culturas.

No es necesario que el lector común y corriente tenga un conocimiento del griego para entender el Nuevo Testamento. Estudie bien varias traducciones españolas del Nuevo Testamento, y tome nota que el mensaje esencial es prácticamente el mismo, aunque las palabras no sean exactamente iguales. Gentes de todos los niveles de inteligencia y de educación han leído el Nuevo Testamento en español y en otros idiomas modernos sin ningún conocimiento previo del cristianismo y sin otra persona a su lado para explicarles u orientarlos. Con sólo leer el Nuevo Testamento, iluminados por el Espíritu Santo, han llegado a comprender el plan de salvación y han encontrado a Jesús.

Las partes verdaderamente difíciles del Nuevo Testamento son pocas. Las que lo son, hasta en los pasajes originales son difíciles de entender; en las cuales ni eruditos bíblicos ni comentaristas concuerdan. El dicho atribuido a Mark Twain lo dice todo: "Lo que me preocupa no es la parte de la Biblia que no entiendo, sino la que sí entiendo."

El mensaje dado es bien claro no sólo en los pasajes individuales, sino también en la secuencia de su exposición histórica. Cuando alguien lee el Nuevo Testamento en su idioma nativo, puede estar tranquilo que está leyendo esencialmente lo que los autores de las Escrituras dejaron escrito.

Toda persona tiene el derecho de tener el Nuevo Testamento en su propio idioma, el idioma que hable al corazón. Es crueldad espiritual o algo peor dar a los indígenas el Nuevo Testamento solamente en español, en vez de traducirla a su propio dialecto. Además no todas las traducciones son igual de buenas o útiles. No hay mérito alguno en usar un Nuevo Testamento arcaico o en idioma diferente al idioma de uno.

El que enseña la Biblia, un pastor, o un erudito bíblico, debe conocer el Nuevo Testamento en su lengua original, a fin de sacar los puntos más hermosos y sondear las profundi-

dades de los detalles de la palabra de Dios. Y por parte del cristiano común y corriente, que esté sinceramente interesado en saber más de las Escrituras puede tener la seguridad de que una traducción al idioma que habla, basta y sobra para que conozca la Palabra de Dios, que es la historia inspirada de manera singular, y la máxima autorización de la revelación de Dios, ley suficiente para cubrir dos cosas esenciales: la fe y las obras.

